

Autora original: Mariame Kaba

*Libro: Haremos esto hasta liberarnos: Organización abolicionista y transformando la justicia*

## **Ensayo: “Una fuga de la imaginación: Ver las prisiones por lo que son y demandar la transformación”**

**Con: Kelly Hayes**

**Truthout, mayo del 2018 p.18-25**

Nuestro momento histórico actual exige una reinención radical de cómo abordamos varios daños. Las nivelaciones de poder se encuentran en el presente en manos de una administración abiertamente hostil ante les más marginades de nuestra sociedad (Negres, gente de naciones originarias, pobres, LGBTQ, comunidades de inmigrantes y más). Mientras nos protegemos de sus golpes constantes y regulares, también debemos luchar por una visión del mundo que queremos habitar.

Para nosotres, ese es un mundo en el que personas como Tiffany Rusher, que comenzó una sentencia de cinco años en el Centro Correccional Logan de Broadwell Township, Illinois, en 2013, no sean torturades hasta la muerte en nombre de la "seguridad". Nuestra visión insiste en la abolición del complejo industrial carcelario como pilar crítico de la creación de una nueva sociedad.

Encarcelada por cargos relacionados con el trabajo sexual, Tiffany Rusher fue

eventualmente colocada en confinamiento solitario por haberse envuelto en un enfrentamiento físico con uno de sus compañeros de celda. Durante su tiempo en confinamiento solitario, la salud mental de Rusher comenzó a deteriorarse, iniciando un ciclo donde se auto lastimaba. Tras una serie de intentos de suicidio y de períodos de aislamiento, Rusher fue puesta en "vigilancia de crisis" durante un período de ocho meses.

Según el abogado de Rusher, Alan Mills, el estar bajo vigilancia de crisis significaba el ser despojada de toda la ropa y pertenencias, y ser colocada en una celda vacía con sólo un "blusón suicida" (es una pieza de tejido nailon grueso, demasiado rígido para ser doblado, con agujeros para la cabeza y los brazos). Durante este tiempo, Rusher era monitoreada a través de una pared de plexiglás, con las luces encendidas, las veinticuatro horas del día. En lugar de recibir atención

de salud mental, a Rusher la mantuvieron desnuda, excepto por su rígido blusón, en una celda vacía. Se le dieron instrucciones estrictas y deshumanizantes sobre cómo limpiarse y manejar su higiene menstrual, que incluía el requisito de que sus manos estuvieran visibles al guardia que la vigilaba en todo momento. Para poder leer, Rusher tuvo que convencer a un guardia de la prisión para que le sostuviera un libro abierto contra el cristal de su celda y que volteara cada página una vez terminaba de leerla.

A medida que pasaba el tiempo, Rusher le preguntó a su abogado: "¿Quién en su situación no querría suicidarse?"

Al final de su oración, Rusher finalmente fue transferida a una facilidad de salud mental. Rusher, quien le reveló a sus médicos que había sufrido abuso sexual infantil, había recibido docenas de diagnósticos a través de los años, entre estos el trastorno esquizoafectivo. No obstante, pudieron hacer grandes avances mientras ella estaba en tratamiento. Sin embargo, ocho meses después de su hospitalización, Rusher tuvo un altercado con otro paciente. En lugar de tratar el episodio como un síntoma de sus problemas de salud mental, ella fue enviada de regreso a la cárcel, donde continuó el ciclo de violencia carcelaria.

Luego de la muerte de Rusher, su madre, Kelli Andrews, dijo en un comunicado:

"Tiffany era un alma hermosa con esperanzas para su futuro. Ella estaba emocionada de poder regresar a casa para estar con su familia. La extrañamos todos los días". La cárcel del condado de Sangamon devolvió a Rusher al confinamiento solitario, donde permaneció durante tres meses antes de que fuera hallada inconsciente con un retazo de toalla alrededor de su cuello. Rusher falleció doce días después cuando el hospital la retiró del soporte vital. En palabras de Mills, "Primero ellos la torturaron, luego la asesinaron".

Al momento de su muerte, Tiffany Rusher tenía veintisiete años.

Lamentablemente, lo que atravesó Rusher no fue excepcional. El sistema carcelario de EE. UU. está diseñado para destrozarnos todos los días a la gente como Tiffany Rusher, con solo una pequeña parte de la sociedad que trabaja para ayudar a los prisioneros a que se salven de que estén bajo la tierra. En el caso de Rusher, los abogados y el personal de Uptown People's Law Center en Chicago fueron sus defensores, pero, al final, las heridas infligidas por el sistema eran demasiado profundas, y el ciclo de violencia carcelaria simplemente estaba demasiado atrincherado como para poderlo interrumpir. Rusher, ahora una estadística para el mundo y un archivo de la corte a quienes sus abogados harán responsables de su

muerte, se le negó cualquier reconocimiento de su humanidad mientras estaba encarcelada. Pero Rusher no era un número. Ella era un ser humano, y el restaurar nuestra conciencia sobre la humanidad de la gente encarcelada es un paso crucial para deshacernos de los daños del encarcelamiento masivo.

Como abolicionistas de las prisiones, organizadores de base comunitaria y practicantes de justicia transformadora, nuestra visión para 2018 es una de conciencia lúcida y discusión sobre los horrores del sistema penitenciario, y la acción que la concienciación requiere. Como sociedad, hace mucho que nos hemos alejado de cualquier preocupación social que nos abrume. Ya sea la guerra, el cambio climático o el complejo industrial carcelario, los estadounidenses han sido condicionados a simplemente hacerse de la vista larga ante los daños profundos. Tras tantos años de incurrir en esta práctica, esto nos ha dejado con guerras interminables, océanos moribundos y millones de personas en cautiverio y opresivamente vigiladas. Es hora de un examen minucioso e inquebrantable de lo que nuestra sociedad ha hecho y en lo que nos hemos convertido. Es tiempo de imaginar y crear alternativas a las condiciones infernales que nuestra sociedad ha traído para su existencia.

### *La ilusión de una nueva idea*

Los opositores abiertos a la abolición del complejo industrial carcelario típicamente representan a los abolicionistas como académicos políticamente inactivos que vociferan ideas imposibles. Nada de esto podría estar más lejos de la realidad. Los abolicionistas vienen de todo lugar, y la mayoría son políticamente activos. Desde el trabajo de reformas a la fianza hasta intervenciones electorales estratégicas y de apoyo mutuo, los abolicionistas carcelarios están trabajando constantemente en nuestras comunidades, empleando tácticas de reducción de daños, cabildeando a favor y en contra de la legislación, defendiendo los derechos de la gente encarcelada en solidaridad con quienes hacen trabajo de organización desde adentro y trabajan para movilizar una visión de transformación social.

Como marco político, la abolición ha ganado un terreno significativo en

en los últimos años, con grupos como el Gremio Nacional de Abogados (National Lawyers Guild) adoptando la filosofía en su trabajo. Un número creciente de abolicionistas de base comunitaria han coorganizado campañas reconocidas a nivel nacional como por ejemplo la de #AdiósAnita (ByeAnita) en Chicago, que ayudó a la remoción exitosa de la exprocuradora estatal Anita Alvarez de su cargo. Los organizadores abolicionistas también ayudaron a liderar los esfuerzos para obtener reparaciones para los sobrevivientes de la tortura que ocurrió bajo el ahora infame

comandante de policía, Jon Burge en Chicago, una ciudad que, durante las últimas dos décadas, se ha convertido en un centro de organización abolicionista.

La abolición es una estrategia organizativa práctica.

Como cualquier empresa que nació de una demanda manufacturada, las prisiones se perpetúan a sí mismas, y eso requiere el mantenimiento de las condiciones que fomentan el crimen. De 1978 a 2014, la población carcelaria de EE. UU. aumentó un 408 por ciento, llenando en gran medida sus cárceles con personas a las que se les niega el acceso a la educación, el empleo y los servicios humanos.

Aproximadamente el 70 por ciento de la gente encarcelada en California viene de hogares de crianza. Y dado que el sistema se basa en la reincidencia, no puede haber ningún argumento de que el sistema penitenciario apoye la seguridad pública o el bien público. Nuestro fracaso de construir una cultura de cuidado que nutriera el crecimiento y el potencial humano -en lugar de incubar la desesperación- aseguró a que se crearan más "criminales" quienes serían castigados posteriormente. Esto para el gran beneficio de quienes se benefician de las industrias asociadas con el encarcelamiento. La cárcel es simplemente una forma mala e ineficaz de abordar la violencia y la delincuencia.

No obstante, cuando hablamos de la abolición del complejo industrial carcelario, muchos reaccionan como si la idea fuera ajena e impensable -como si, para ellos, las prisiones, la policía y la vigilancia fueran parte de un orden natural que simplemente no se puede deshacer. En realidad, no fue sino hasta la década de 1980 que el sistema penitenciario vio su mayor aumento de esta población, cuando la desindustrialización creó la necesidad para que las economías de calabozos reemplazaran los trabajos que se perdieron, y que una reacción violenta contra el Movimiento de los Derechos Civiles y otros logros sociales obtenidos por los Negres incrementara los esfuerzos de control social.

Como sociedad, se nos ha enseñado a adoptar el control social, que es a menudo impuesta por personas con armas de fuego, porque nos han enseñado a temer a los otros y a aceptar la autoridad. Vivimos en una cultura que celebra la

criminalización, las policías y las cárceles. Las policías abusivas y tortuosas se convierten en personajes compasivos de la televisión cuyos daños cometidos pueden ser comprendidos e incluso, llegan a merecer nuestra simpatía. Pero cuando un civil ha cometido un atroz daño, el consuelo nacional que se nos ha enseñado a buscar es verle sufrir. Las personas deben ser arrojadas a una jaula y, una vez que lo están, se considera que la justicia se ha hecho, y todos podemos seguir adelante con nuestras vidas sin hacer preguntas como: ¿Por qué sucedió esto? ¿Por qué

sigue sucediendo? Y, ante todo, ¿hay algo que podamos cambiar que haría impensable que sucediera esta tragedia?

### *Aplaudiendo por el encarcelamiento*

Incluso aquellos que reconocen que el encarcelamiento masivo en los EE. UU.

es una pesadilla e injusta, a menudo se sienten obligados a celebrar y aplaudir cuando el sistema atrapa a alguien cuyos daños nos repugnan. Cuando Martin Shkreli, un ex administrador de cobertura de fondos fue sentenciado a servir siete años por fraude de valores, los memes y las risas abundaban. Shkreli, quien se dedicó a la medición de precios farmacéuticos, elevando el precio del fármaco Daraprim de \$13.50 a \$750 por pastilla, fue una vez descrito como el "hombre más odiado en América", convirtiéndolo en un modelo ideal para el estado carcelario. Pero al igual que la mayoría de las ideas que nos permiten desviar la mirada e ignorar el sistema más amplio, esta noción está llena de agujeros.

Por un lado, Shkreli no estaba siendo castigado por obligar a les pacientes con SIDA a pagar cientos de miles de dólares al año por un medicamento que salva vidas, porque la gente rica simplemente no es castigada por su práctica de capitalismo en los Estados Unidos. Siempre y cuando su cambio de dinero asesine de acuerdo con las reglas del libre mercado, estas personas no ven ningún tipo de penalización. Shkreli fue castigado por fraude de valores. En suma, jugó al Monopolio con la gente asquerosamente rica y rompió las reglas. No obstante, debido a que también dañó a la gente común, este momento se considera uno donde el sistema funcionó porque alguien por quien sentimos desprecio fue castigado. El sistema ofrecerá ocasionalmente tales cosas, pero no le añaden nada a lo que realmente es la justicia.

A raíz de los daños de Shkreli, ninguna reforma se ha impuesto a la industria farmacéutica, y los ejecutivos que están haciendo subir los precios de la insulina y de otros medicamentos que salvan vidas no han enfrentado ninguna pena de cárcel (si este es nuestro marcador de justicia). La práctica de la "justicia" de nuestra sociedad no se preocupa de crear condiciones justas, y nuestro sistema de castigo no penaliza a quien tiene poder para aplastar a quienes tienen menos poder. El que la gente rica se enriquezca aún más, mientras que otros están enterrados, es parte del orden "justo" de nuestra sociedad. El sistema no ofrece soluciones, solo la demostración ocasional del sufrimiento o de la muerte civil para satisfacer a las masas.

Dadas estas condiciones, debemos entender que, cuando aplaudimos la violencia penitenciaria, también aplaudimos un fracaso establecido y grotesco por parte de la civilización occidental.

Las historias como la de Tiffany Rusher están enterradas bajo los titulares de personas como Shkreli y el violador en serie Larry Nassar -historias que le aseguran al público que la retribución es necesaria y que sacia un deseo popular de venganza ante el rostro de la tragedia y del daño. Las historias de crímenes estadounidenses no son historias del bien contra el mal, porque el sistema no es y nunca ha sido bueno o heroico, y los daños criminales suelen ser mucho más complejos de lo que nos gustaría reconocer. Los delitos por los que Tiffany Rusher fue condenada involucraron sexo con un menor, pero, primero que todo ¿por qué Rusher estaba en proximidad sexual con un menor?

La prisión es simplemente una forma mala e ineficaz de abordar la violencia y el crimen. Los casos como el de Rusher nos exigen que reconozcamos los daños que nuestro sistema ha infligido para así crear el tipo de condiciones sociales y económicas en donde una mujer joven nunca tenga que enfrentarse a las elecciones que le fueron presentadas. Según Rusher, ella estaba haciendo trabajo sexual de supervivencia cuando se le solicitó que brindara servicios sexuales en una fiesta. Resultó ser, que el joven para quien el pariente quería comprar los favores sexuales era menor de edad. Rusher tenía veintiún años. Cuando la madre del joven se enteró de la fiesta, se indignó y presentó un informe ante la policía. Y fue así, como Rusher se convirtió en una delincuente sexual ante los ojos de la ley. Por muy diferentes que hayan sido sus experiencias de quienes son caracterizados típicamente como depredadores, Rusher fue atrapada por una marca de criminalización condenada e inflexible.

### *"Gente peligrosa"*

Cuando nos enfrentamos a las estadísticas sobre cuán desiguales son las penas criminales aplicadas en los Estados Unidos, o con evidencia histórica de que la vigilancia y el encarcelamiento siempre se han basado en la anti-negritud, la eliminación de los pueblos originarios, y la protección de la propiedad, la mayoría de los izquierdistas condenarán el sistema y estarán de acuerdo de que desde hace muchísimo tiempo se necesita un cambio. Pero este reconocimiento suele ser seguido de una insistencia de que simplemente no podemos arrancar el sistema, porque no tenemos soluciones pulidas, universalizadas y completamente formadas

para abordar los peligros que algunos individuos, frecuentemente caracterizados como depredadores, pueden representar para nuestras comunidades.

Pero la idea de "depredadores" y "personas peligrosas" se complica por las condiciones que nuestra sociedad impone -condiciones sociales y económicas que

sabemos que generan crimen y desesperación. Las comunidades cuyas necesidades son satisfechas no se llenan de crímenes de desesperación, mientras que en las que se lucha constantemente sí lo están; y las personas de las comunidades que son altamente criminalizadas por nuestro sistema racista tienen mucha más probabilidad de ser introducidas dentro del sistema carcelario.

Los políticos habitualmente fingen ignorancia con respecto a estas dinámicas,

presentando agendas de "mano dura contra el crimen" que mejorarían las sentencias de prisión y que ampliarían el conducto de la escuela-a-la-prisión como una solución a los daños que la sociedad genera. Si los políticos reconocieran que la mayoría de los daños criminalizados tienen sus raíces en las desigualdades sociales y económicas, se esperaría que ellos abordaran esas desigualdades y que la mayoría se niega a hacer. En los Estados Unidos, las carreras políticas de los funcionarios electos son financiadas en gran parte por aquellos que se benefician directamente de las desigualdades de nuestra sociedad, y esos financiadores probablemente abandonarían a sus funcionarios marionetas si estos decidieran ir por algo que les recordara la justicia económica.

El sistema carcelario siempre ha utilizado casos sensacionalistas y el espectro del daño inimaginable para crear nuevos mecanismos para desechar. Estos mecanismos son los que alimentan con cuerpos a las economías hambrientas de calabozos, mientras nos distraen con nuestros propios miedos hacia la "gente mala" y lo que esta podría hacer si no se le mantiene contenida. Por supuesto, un sistema que nunca aborda el *por qué* tras el daño nunca puede realmente contener el daño en sí. Las jaulas mantienen en confinamiento a las personas, pero no a las condiciones que facilitaron sus daños o las mentalidades que perpetúan la violencia. Sin embargo, por alguna razón, incluso las personas que están bien versadas en la dinámica del sistema a menudo creen que los momentos de *Ley y Orden* (Law and Order) son posibles, cuando, sólo por un instante, un instrumento de violencia del estado se puede reparar.

En su ensayo sobre *La universidad y la comuna subalterna* (The University and the Undercommons), los escritores y eruditos Fred Moten y Stefano Harney subrayan por qué la abolición es importante como marco político y estrategia organizativa:

“¿Qué es, por decir, el propósito de la abolición? No es tanto la abolición de las cárceles, sino la abolición de una sociedad que pueda tener prisiones, que pueda tener esclavitud, que pueda tener salario, y por lo tanto, no es la abolición como la eliminación de cualquier cosa, sino la abolición como la fundación de una nueva sociedad”. Cuando miramos más allá del sensacionalismo de los principales titulares, y examinamos las dinámicas reales del encarcelamiento masivo, se torna cada vez más imposible la justificación de esta perspectiva. Si bien algunos ofrecen un llamado para la reforma, tales llamados ignoran la realidad de que una institución que se basa en la mercantilización de los seres humanos mediante la tortura y la privación de su libertad no puede rehacerse como algo bueno. La lógica del uso de la policía, el castigo y la prisión no ha demostrado abordar las causas sistémicas de la violencia. Es en este ambiente en el que argüimos que la abolición del complejo industrial carcelario es la postura política de mayor moralidad disponible para nosotros. Porque la deconstrucción del sistema de encarcelamiento masivo americano es posible, y es el momento.

### *¿Cómo luce la transformación?*

Nuestra visión para el 2018 es un estado de imaginación desenfrenada. Cuando se está lidiando con los sistemas opresivos, el cinismo es una alianza envidiable, extraída de personas cuyas mentes -de otra forma- podrían abrir nuevas puertas, hacer nuevas demandas y evocar visiones sobre cómo luciría un mundo mejor.

Preguntas como "¿Qué pasa con las personas realmente peligrosas?" no son interrogantes que un abolicionista carcelario debe responder para insistir que el complejo industrial carcelario debe ser desecho.

Estas son preguntas que debemos responder colectivamente, incluso cuando problematizamos la noción de "peligrosidad". La incapacidad de ofrecer una solución que sea fácilmente digerible y pulcramente elaborada no nos excluye de ofrecer críticas o análisis de los males de nuestro sistema actual.

Vivimos en una sociedad que ha estado encerrada en un falso sentido de inevitabilidad. Es hora de analizar detenidamente cómo surgió este sistema, quién se beneficia, cómo funciona y por qué- y es hora de imaginar como luciría el que se haga justicia, sin tener que depender del castigo y la barbarie de los sistemas carcelarios. Como escritora y educadora Erica Meiners sugiere: “La liberación bajo la opresión es por diseño, impensable”. Es hora de una fuga de la imaginación para hacer posible lo imposible.